



EL  
CAMINO  
DE  
GALA

Eduarne Cadelo  
@Lacadelo



El  
camino  
de  
Gala

Eduarne Cadelo

*@lacadelo*

## **El camino de Gala**

Mayo 2019

© de la obra Eduarne Cadelo

edurnecadelo@gmail.com

[Instagram: @lacadelo](#)

[Facebook: Eduarne Lacadelo](#)

Edita: Rubric

[www.rubric.es](http://www.rubric.es)

944 06 37 46

Corrección: Elisa Mayo

Diseño de cubierta, diseño interior y maquetación:

Nerea Pérez Expósito de [www.imagina-designs.com](http://www.imagina-designs.com)

Ilustraciones de bicicleta y piedra diseñadas por Macrovector / Freepik

Ilustración de avión diseñada Katemangostar / Freepik

Ilustraciones de mochila y nubes diseñadas por Freepik

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación o por otros

métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

*Para mis Amapolas.  
Por aquel fin de semana en Almería, cargado de risas y confianzas.*

# Índice

- [1 Tres, dos, uno... me voy](#)
- [2 Bienvenida al infierno](#)
- [3 El camino](#)
- [4 Peregrinos](#)
- [5 A punto de quemarme](#)
- [6 Besos, calentones y cojones](#)
- [7 Menudo carácter](#)
- [8 Vibrando](#)
- [9 Conversaciones](#)
- [10 Hablando de ello](#)
- [11 De una en una](#)
- [12 ¿Cuándo llegamos?](#)
- [13 Marcando la distancia](#)
- [14 Lluvia y calor](#)
- [15 Dos días](#)
- [16 La penúltima](#)
- [17 La piedra en el camino](#)
- [18 Adiós modales](#)
- [19 No me lo imaginé así](#)
- [20 Sorprendido](#)
- [21 Mis límites](#)
- [22 La vuelta](#)
- [23 Rutinas](#)
- [24 Compañeros](#)
- [25 Amigos y algo más](#)
- [26 Madura, hermano](#)
- [27 Encerrona](#)
- [28 Sexo pan](#)

- [29 Donde\\_y\\_cuando\\_quiera](#)
- [30 Segundo\\_plato](#)
- [31 ¿Todo\\_correcto?](#)
- [32 Necesidad](#)
- [33 Las\\_reglas](#)
- [34 Vaya\\_panorama](#)
- [35 Cine\\_y\\_palomitas](#)
- [36 Sesión\\_golfa](#)
- [37 Soy\\_idiota](#)
- [38 Ibiza\\_no,\\_Formentera](#)
- [39 Parejas](#)
- [40 Borrarte\\_los\\_recuertos](#)
- [41 Uno\\_más](#)
- [42 Cena\\_y\\_regalo](#)
- [43 Amanecer](#)
- [44 El\\_faro\\_y\\_su\\_luz](#)
- [45 Huida\\_hacia\\_ninguna\\_parte](#)
- [46 Rompecorazones\\_y\\_matacupidos](#)
- [47 Viernes\\_lluvioso](#)
- [48 ¿Has\\_visto\\_la\\_luz?](#)
- [49 Hogar](#)
- [50 La\\_coraza\\_y\\_los\\_sueños](#)
- [51 Irresistible](#)
- [52 Llamando\\_a\\_tu\\_puerta](#)
- [53 La\\_propuesta](#)
- [54 Ella\\_es\\_agua](#)
- [55 Decisiones\\_indecisas](#)
- [56 ¿Quién\\_cede?](#)
- [57 Una\\_carga\\_menos](#)
- [58 Japón](#)
- [59 Regreso\\_a\\_casa](#)

[60 La pieza del puzle](#)

[61 Aterrizando](#)

[62 Como en una película romántica](#)

[63 Como el final de una película romántica.](#)

[64 Universo paralelo](#)

[65 Nuestro camino](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

1

TRES, DOS, UNO... ME VOY

En cuanto conteste un par de correos electrónicos, recoja un poco mi oficina y pase por el despacho de mi jefe para entregarle el informe del último manuscrito que he leído, podré marcharme oficialmente de vacaciones.

Durante las dos próximas semanas, no tendré que ver al imberbe de David, ni aguantar sus ideas de ejecutivo moderno, ni tan siquiera fingir que le presto atención. Estoy contando los minutos.

Para todos es conocido como el señor Vila, pero a mí me resulta imposible tratar de usted y llamar «señor» a mi jefe, básicamente, porque acaba de cumplir los veinticinco. Me suena fatal, ¿qué queréis que os diga? Y aunque podría hacer un esfuerzo, que también, pues no me sale de los ovarios, para qué decir otra cosa.

Mis compañeros me miran raro, como si al tutearlo me estuviera saltando la cadena de mando o algo parecido. No voy a decir que soy la más mayor de toda la plantilla de la editorial con mis treinta y una primaveras, pero casi; creo que una chica de las de corrección me saca un par de años, el resto son casi todos de la quinta de mi *jefecillo* y, aun así, lo tratan como si fuera un erudito al que rendir pleitesía. Menudos lameculos.

Para mí el señor Vila siempre será Adolfo, el padre de David, que como no sabía qué hacer con toda la pasta que le sobraba, decidió abrir un nuevo sello dentro de su grupo editorial VR, orientado a un público más joven. En realidad, fue la manera de dejar al mando de su nuevo juguetito a su hijo pequeño, recién licenciado en una de esas universidades privadas americanas de mucho renombre, con tan solo

un cuarto de siglo. Eso sí que es tener confianza en un hijo, ¿o no?

No te desvíes, Gala, que al final llegas tarde a casa y no pillas ese avión.

Mi trabajo en la editorial Milenial consiste en filtrar todos los manuscritos que llegan, porque soy una de las dos editoras; los leo, los releo, los comparto (a veces) y, después, los que considero que pueden ser publicados se los paso al jefe supremo, que reúne a su gabinete de confianza: un par de frikis amigos suyos, que también trabajan aquí, nuestro director de *marketing* y yo. Si todo está a su gusto y pasa el filtro, premio para el ganador o ganadora, porque, con los tiempos que corren y las redes sociales, es muy difícil que una editorial «tradicional» apueste por ti. Este nuevo sello da cabida a un variopinto grupo de autores y de temáticas: romántica, *new adult*, juvenil, poesía o ciencia ficción (la preferida del imberbe y sus amiguitos).

Las oficinas ocupan casi una planta de un edificio en Vía Laietana, propiedad de VR, y la plantilla está formada por diez trabajadores. La que cuenta con más experiencia de todos en el sector, sin duda alguna, soy yo, que llevo trabajando para VR casi seis años.

Empecé trabajando como becaria en las oficinas centrales de Barcelona y enseguida pasé a ser ayudante del editor. Hace dos años, cuando solicité el traslado y me mudé a Madrid, acababa de ascender a editora. Mi idea era llegar lo más alto posible dentro del grupo y tener una brillante carrera en el mundo editorial; pero, en ocasiones, no todo sale como está escrito en tu guion mental y, cuando lo mío con Álvaro se rompió, perdí el rumbo completamente. Volví a pedir el traslado a mi ciudad, o más bien a suplicarlo, y lo único que me ofrecieron entonces fue ser editora en este

nuevo sello, así que poco más tenía que pensar. Mejor empezar de cero con trabajo, que estar en la cola del paro.

Y aquí estoy, hace solo unos meses que he regresado a Barcelona y estoy empezando a adaptarme a mi nueva vida, porque quedarme en Madrid, sola, nunca fue una opción.

La alarma del móvil me indica que tengo veinte minutos exactos para salir de la oficina, pedalear hasta casa (hoy me ha apetecido venir en bicicleta), esperar a mi amiga Zoe y recoger mi mochila.

Todavía estoy a tiempo de arrepentirme y no subir a ese avión. Os puede despistar, en un primer momento, que vaya a comenzar mis vacaciones con ese medio de transporte, pero no os engaños, es solo el principio del camino y nunca mejor dicho, CAMINO.

Mi persuasiva amiga Zoe, cariñosamente conocida como la Peli porque es pelirroja (natural), me ha convencido para que durante los próximos días hagamos juntas el Camino de Santiago; sí, andando, yo, que soy la número uno de la *Liga Antideporte*, dato que ella conoce a la perfección. Pero está tan ilusionada y sus argumentos tienen tanto peso... (entiéndase la ironía).

Lo primero que me soltó fue que podríamos limpiar nuestras almas; sí, las nuestras, que las dos estamos educadas en colegios laicos y sin bautizar, y que lo más cerca que hemos estado de una iglesia es pasando por delante de su puerta. Cuando se lo rebatí, me dijo que ya no es solo un tema religioso, que es más trascendental. Trascendental se suele poner ella e intensita también. «Se trata de limpiar nuestras almas en un plano más espiritual», me decía y parecía una colaboradora de *Cuarto milenio*. Me empezó a dar miedo.

El segundo, y el más elocuente viniendo de ella, es que se nos va a poner el culo duro como el acero después de tantos kilómetros. Las carcajadas que me eché en su cara todavía retumban en el salón.

Al final, no le di muchas vueltas. Total, no tengo dinero para coger un avión con rumbo a un destino paradisíaco y tirarme a la bartola unos días, como me gustaría hacer realmente, así que, antes que quedarme en casa, atiborrarme a helado de chocolate y beberme todas las botellas de vino que mango a mis padres, le di el «sí, quiero», y hoy partimos rumbo a León.

Cuando regresé a Barcelona hace unos meses, tenía dos opciones: volver a vivir con mis padres o aceptar la caridad de mi mejor amiga y compartir piso con ella. Zoe ganó por goleada. Nos conocemos desde el instituto y hemos compartido juntas un millón de primeras veces, así que ella, con su peculiar manera de dar vuelta a las cosas desagradables para hacerlas mucho más agradables, me pidió que viviera con ella.

«Será nuestra primera vez», me dijo ilusionada.

Y me sonaron tan bien sus palabras, que acepté quedarme con la habitación que tenía libre en su piso. Zoe es hija única y nieta única, al fallecer su abuela, heredó su piso en un edificio muy antiguo en el Born, uno de los barrios con más ambiente de la ciudad y que, además, está muy cerca de todo. La playa a no más de diez minutos, el parque de La Ciutadella y, lo mejor de todo, mi trabajo. Por eso hay veces que voy en bici y no tardo nada en llegar.

Mis padres viven en la zona alta de la ciudad y estaría peor comunicada si al final hubiera accedido a volver a vivir con ellos. Zoe no me cobra alquiler, dice que es absurdo cuando el piso está más que pagado y que ella no quiere ganar

dinero conmigo, así que compartimos todos los gastos. De esta manera no pierdo mi independencia y puedo seguir pagando la hipoteca de un piso de mierda del que soy copropietaria en Madrid con Álvaro, mi ex, que se lleva la mayor parte de mi sueldo.

Aunque no sea creyente, rezo todas las noches para poder venderlo y deshacerme de esa carga que arrastro desde mi separación hace un año. Ojalá que el apóstol Santiago se apiade de una peregrina con los pies destrozados (esa seré yo, si consigo llegar) y me conceda ese deseo.

David ha salido de la oficina, así no tengo que cruzarme con él; mucho mejor. Dejo el informe en su mesa y no me entretengo más. Digo un «adiós» generalizado para todos los que me oyen y bajo a la calle.

Me cruzo el bolso en el pecho, me pongo los cascos del móvil en las orejas y la capucha de mi sudadera (lo sé, no debería ir escuchando música mientras monto en bicicleta, pero de un tiempo a esta parte soy así de temeraria). El trayecto apenas dura un par de canciones, así que me pongo la sudadera para camuflarme un poco. Me subo los calcetines de lunares por encima de los vaqueros, me coloco las gafas de sol y me incorporo al tráfico de la ciudad.

Una de las grandes diferencias entre trabajar en VR y hacerlo ahora en Milenial es que no hay que vestir muy arreglado; es más, está especificado en el contrato que el *outfit* recomendado es un *look* casual, así que los trajes de falda y pantalón más clásicos que tenía se han quedado colgados en el fondo de mi armario y ahora puedo lucir vaqueros, camisetas y mis Vans casi todos los días.

Canturreo «Think», de Aretha Franklin (que es mi debilidad), y en menos de lo esperado estoy metiendo mi bici en un pequeño cuarto que hay en nuestro portal y subo las es-

caleras, haciendo un poco más de ejercicio, porque no tenemos ascensor.

—¡Zoe, ya estoy en casa! —grito al entrar.

Nadie contesta, y me parece raro porque ella hoy salía a la una y ya son más de las dos. Dejo mi bolso en la entrada y enfilo el pasillo; quizás esté en el baño y no me ha oído.

El piso no es muy grande, pero tiene un pasillo interminable y un poco oscuro, que termina con la puerta del baño enfrente. A ambos lados, se encuentran las puertas de las dos habitaciones. La cocina y el salón están en la parte delantera. Había una tercera habitación pequeña que hace años añadieron al salón, por eso es la mejor estancia de la casa y la más grande.

Mi amiga es una amante de todo lo antiguo. Así que, excepto el sofá del salón, que es nuevo y muy cómodo, dejé casi todos los muebles que tenía su abuela y, durante muchas tardes de aburrimiento, les fue dando un toque *vintage*.

Mi habitación es perfecta, no he cambiado ni un solo detalle; la cama tiene un cabecero muy original formado por los marcos de cuatro ventanas de madera blanca, de las de antes, que tenían los cristales pequeñitos. Me contó que estaban tiradas al lado del contenedor de la basura y que las subió a casa para darles una nueva oportunidad. Las mesitas son negras, tipo taburete, con tres patas. «Contraste de colores», me explicó. También hay un armario y una cómoda iguales que, por supuesto, lijó y pintó para actualizarlos. Aunque lo que más me gusta de todo es un espejo de pie, con un marco de madera muy bonito, que también restauró con sus manitas. Está colocado en la otra pared, junto a una butaca tapizada en blanco roto, donde yo dejo montones y montones de prendas. En cuanto entré por primera

vez, y eché un vistazo rápido, todo me transmitió calidez. Está claro que como restauradora no tiene precio. Le ha quedado un piso de los que salen siempre en las revistas de decoración, en plan: «Reformas con encanto».

Antes de que coja mi móvil para llamarla, entra por la puerta.

—¡Joder! Pensé que no llegaba. Me cambio y salimos pitando; al final, vamos a perder el avión.

—Pero ¿tú no terminabas hoy primero?

—Mira, mejor no me lo recuerdes, que el *difunto* me ha obligado a estar en una reunión solo para joderme.

—Coño, hace solo siete días que no te lo tiras y ya es difunto, me gusta tu actitud, *pele*.

Zoe trabaja como creativa en una agencia de publicidad, y el *difunto*, al que se refiere, no es ni más ni menos que el director creativo ejecutivo, su jefe. Llevan follando casi un año, y digo follando porque no son novios ni nada parecido. En casa, lo conocíamos hasta hoy como el *invisible*, porque nunca se ha dejado ver, aunque parezca mentira, ni tan siquiera por foto. Y es que cuando te tiras a un hombre casado, que además es tu jefe y el yerno del dueño de la agencia, lo mejor es la discreción.

Sé que se llama Gerard y que a mi amiga la ha vuelto loca de remate durante el último año. Sé cómo le ha regalado el oído con falsas promesas, cómo calza (y no de número de pie), cómo le gusta hacerlo y hasta lo que le pone que mi amiga le grite guarradas, pero todo esto sin ponerle rostro, que es lo más surrealista.

En ocasiones, he vacilado a mi amiga afirmando que no existe y que es solo producto de su imaginación. Hasta el viernes pasado, que al parecer rompió con él definitivamente y entró por casa en un estado tan lamentable, que decidí dejar las coñas a un lado.

La sigo hasta su habitación donde me va contando indignada todos los detalles de la absurda reunión; espero que se le pase el cabreo antes de salir de viaje. Tiene toda la ropa para cambiarse preparada encima de la cama y su mochila esperando. Muy previsora. Ella es el control y yo el descontrol, para qué negarlo. Se empieza a desnudar y cuando se quita la falda gris de patinadora que trae puesta, me enseña todo el culo; sí, el culo, al natural.

—¡Joder! ¿Seguro que no te ha empotrado contra el archivador en esa reunión? ¿Qué coño haces sin bragas?

—¡Vaya! —bufa—. Se me había olvidado por completo —dice, sin darle importancia—. Cuando el *difunto* me obligó a asistir a esa reunión, en la que mi presencia no era necesaria, me quité las bragas en el baño antes de entrar. He estado todo el tiempo sentada, cruzando y descruzando las piernas, cada minuto, como en la escena esa de *Instinto básico*. Tenías que ver cómo tragaba con dificultad, el muy capullo.

—¡Joder, Zoe! Estás loca ¿Y si te hubiera visto alguien más?

Mientras ella sigue con su perorata, echando pestes de Gerard y, por consiguiente, de los hombres en general, me meto en mi habitación para recoger mis cosas.

Con el tiempo justo, llamamos a un taxi, y cargadas con nuestras mochilas, que probablemente pesan casi tanto como nosotras, nos vamos hacia el aeropuerto.